

en declarar al enfermo que se halla en el caso de recibir al sagrado viático, cuando efectivamente la clase de su enfermedad y el término en que se halla lo demanda; sin que valga el que se halla confesado, como muchas veces acontece; pues es precepto distinto del de la confesion en artículo de muerte, y por consiguiente no se cumple con solo confesarse, sino que es de obligacion comulgar por viático.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Luis, obispo de Tolosa, y San Magin, mártir.

SAN LUIS.

Nació San Luis en Brignoles, lugar de Provenza, en el año de 1274, y fué el segundo hijo de Carlos II, llamado el Cojo, rey de Nápoles y de Sicilia, y de la princesa María, hija de Estévan V, rey de Ungría. Era sobrino nieto de San Luis rey de Francia, y por la línea materna lo era carnal de Santa Isabel reina de Ungría. Luis fué iluminado ántes por la gracia que por la razon, pues desde su infancia fué Santo. Todas sus distracciones, todos sus juegos inocentes tenian algo de virtuosos, sus mismos entretenimientos eran dirigidos al servicio de Dios, y se deleitaba en las serias conversaciones morales, en la meditacion de las doctrinas santas y no daba lugar á la dispacion. Todas las ocasiones que podia y que se veia libre de las ocupaciones de su edad, se iba á la Iglesia con sus ayos y oraba arrodillado delante de los altares. Era sumamente modesto en su trato, y sus acciones eran arregladas por los mandamientos de Dios. Desde la edad de siete años comenzó á manifestar el espíritu de penitencia que lo animaba, porque desde entónces ya no dormía en su cama, sino en una estera que tenia junto á ella con este intento, donde lo encontró su madre varias ocasiones, que el cuidado ó la curiosidad le llevó á su retrete. Era demasiado sóbrio y moderado en su comida, y por consiguiente contenia con su templanza el desarrollo de las otras pasiones, que casi todas tienen su origen de la gula.

Este fué el carácter de Luis en su infancia, que formó la base de una virtud sólida, y cuando sus pasiones se presentaron con mas fuerza en la edad mas peligrosa, ya encontraron una oposicion en



S. Luis Obispo



S. Magin Mártir



S. Alfonso Maria Liguori.



S. Bernardino Abad

los hábitos de virtud que habian fortalecido su espíritu. Entónces la negacion de sí mismo, el supremo dominio que habia adquirido sobre sus sentidos, la humildad, la fortaleza y la castidad triunfaron de los apetitos contrarios, y en la juventud tuvo pocos peligros que vencer. Sin embargo, para santificar Dios su vida con los trabajos y hacerle ver que en todos los estados del hombre las glorias mundanas son efímeras, permitió que Luis tuviera una persecucion.

Cuando el rey de Aragon hizo prisionero á Carlos II que entónces era príncipe de Salerno, en el año de 1284, dos despues de la rebelion general de las Sicilias, murió su padre y fué proclamado por rey de Nápoles; pero como estaba en prisiones no pudo ocupar el trono hasta que celebró un convenio con el rey de Aragon, en que daba por su libertad cincuenta caballeros de su corte en rehenes y tres hijos suyos. Entre estos fué Luis, que apenas tenia catorce años, y en Barcelona tuvo que sufrir por mucho tiempo el trato mas cruel que se le pudiera dar á otro que no tuviera el título de infante; pero las privaciones que resentia, los malos tratamientos y desprecios eran otros tantos motivos para ejercitar su paciencia y su humildad. Él animaba á sus compañeros con las palabras mas enérgicas, diciéndoles que la mejor situacion para ejercitar la virtud es la adversidad; porque en esta se vencen las inclinaciones, y en la prosperidad se ciega ó se adormece el alma, y suele olvidarse de Dios. Estaba contento Luis con su suerte, y á los padecimientos de su prision añadia nuevas mortificaciones en los ayunos que hacia, en las crueles disciplinas que tomaba, y en otras mortificaciones que él mismo se procuraba para vencer su carne.

Se apartaba de todas las diversiones, y no hablaba con muger alguna sino en público, porque solo de esta manera creia no empañar el cristal puro de su castidad. De esta virtud tenia formado el mas elevado concepto, y al mismo tiempo conocia lo fácil que es quebrantarlo. Por eso vivia siempre solícito, y para conservarla se valia de la oracion, de la meditacion de los misterios de nuestra redencion, de la abstinencia, separándose siempre de todas las ocasiones que pudieran poner en peligro su pureza. Rezaba todos los dias el oficio divino, el de la Virgen María, y se confesaba diariamente ántes de asistir al santo sacrificio de la misa. Concurría al templo con una modestia que edificaba, y rezaba las meditaciones de la pasion de Jesucristo con otras devociones. Visitaba á los enfermos en los hospitales, los curaba y socorría, y como vivia con dos religiosos fran-

ciscanos se levantaba en su compañía á media noche para ponerse en oracion. Con ellos estudió filosofia y teología con bastante aprovechamiento.

En una enfermedad peligrosa que tuvo hizo voto de incorporarse en la religion de San Francisco, si llegaba á conseguir la salud y su libertad. Sanó en efecto, y entónces hizo los mayores esfuerzos para verse libre, solo con el objeto de cumplir su promesa. En el año de 1294 se le restituyó su libertad por un trato celebrado entre su padre Carlos y Jaime II, rey de Aragon, que entre otras condiciones tenia la de que Luis se casara con la princesa de Mallorca, hermana de Jaime. En vano le ofrecieron matrimonio tan ventajoso, en vano tambien le cedió su padre el reino de Nápoles en la parte que habia recobrado, él se mantenia firme en su resolucion de entrar de franciscano, y se creia ligado con Dios por el voto que habia hecho en su enfermedad. Por esto renunció los derechos que tenia á la corona de Nápoles en su hermano menor Roberto, y se fué al convento de San Francisco para recibir el hábito; mas como toda la familia se opuso á esta determinacion, los superiores del monasterio dilataron por algun tiempo su recepcion, y el único que consiguió fué ordenarse.

Antes de estarlo lo nombró San Celestino papa, arzobispo de Leon, y renunció esta dignidad con el pretexto de que no tenia ni la tonsura; pero despues Bonifacio VIII que le dispensó la edad para que fuera sacerdote á los veinte y tres años, lo nombró arzobispo de Tolosa con prevencion de que no habia de renunciar la mitra, ni se le habia de admitir en caso de que hiciera la renuncia. Comprometido de esta manera á subir á tan alto puesto que repugnaba su humildad, se resolvió á ir á su diócesis; pero ántes quiso pasar á Roma, y en esta ciudad hizo su profesion religiosa en el convento de San Francisco de *Ara Coeli* el dia 23 de Diciembre de 1296. En Roma tambien fué consagrado obispo, y de allí partió para Tolosa, donde fué recibido con mucha alegría de todos, porque ya tenian noticia de su santidad. En esta ciudad comenzó á manifestar todas sus virtudes; pero principalmente se hizo notable por su ferviente caridad, porque apenas se reservó de su renta una cantidad muy pequeña para su manutencion, y dispuso que todo lo demas se distribuyera entre los pobres. Visitaba los hospitales personalmente sin que la dignidad de obispo ni la de príncipe le embarazara este cuidado. Todos los dias comian en su mesa veinte y cinco mendigos,

á quienes servía los platos muchas veces de rodillas. Empezó la visita de su diócesis, y en ella recogió abundantes y saludables frutos de su zelo pastoral.

Era exactísimo en el desempeño de su sagrado ministerio, y nada entibiaba su fervor, especialmente en que su clero estuviese bien instruido en la moral y en la religion. Por varias veces renunció, aunque sin fruto, su obispado; pero lo que no pudo alcanzar de la silla apostólica, lo consiguió de Dios con su temprana muerte, que le sobrevino en el castillo de Brignoles, donde murió el 19 de Agosto de 1297, despues de recibidos los sacramentos y repitiendo constantemente el Ave Maria; teniendo cuando su dichoso tránsito solamente veinte y tres años y medio de edad. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de franciscanos de Marsella; y colocado en 1317, en que lo canonizó el papa Juan XXII, en una urna de plata, á cuya ceremonia asistió la madre de nuestro Santo, su hermano Roberto, y la reina de Francia. En el año de 1423, se trasladaron estas preciosas reliquias á Valencia, donde se conservan con especial veneración.

San Magin.

Aunque no nos consta con certeza cual fué la patria y quienes los padres de San Magin, la grande reputación que ya tenia á fines del siglo tercero y principios del cuarto nos convence de la santidad en que pasó los primeros años de su vida, y aun de su distinguida calidad y otras prendas que por lo comun cooperan á ganarse esta reputación. Convencido Magin de la vanidad de los bienes del siglo y de los peligros que en él se corren, se retiró á las montañas de Brufagana en el principado de Cataluña, y eligió para su habitacion una cueva espantosa en el territorio de Rocanora, donde vivió muchos años entregado á la penitencia, á la oracion, y á la contemplacion de las cosas divinas; pero no satisfecho su fervoroso zelo con los ejercicios eremiticos, predicaba la fé á los gentiles y confirmaba su celestial doctrina con estupendos prodigios. Como con lo uno y lo otro hiciese muchas y grandes conversiones, llegó á noticia del gobernador de Tarragona, quien hizo traer á su presencia á nuestro Santo ermitaño cargado de cadenas, y le dijo: "¿Eres tú el sacrilego que predicas á Jesus Nazareno, y menosprecias á los principes del mundo? Pues si no dejas de pervertir á las gentes, y si no sacrificas á los dioses, padecerás grandes tormentos." No acordado á Magin esta conminación, ántes bien; lleno de valor, hizo ver al tira-

no que la religion que predicaba era la verdadera, con cuya luz desengañaba á los gentiles de los muchos errores en que estaban sumergidos. Ofendió el gobernador de una respuesta tan generosa, mandó poner en la cárcel á nuestro Santo.

Mientras estaba en ella, se apoderó el demonio de la hija del gobernador, atormentándola furiosamente. Apeló este á los sacerdotes idólatras para que sacrificasen á sus dioses, á fin de que su hija fuese libertada del maligno espíritu; pero el efecto fué contrario, como era de esperar, pues mas y mas la atormentaba el demonio, declarando que no la dejaria si no le expelia Magin, que se hallaba en la cárcel. En efecto, nuestro Santo lanzó al demonio en el nombre de Jesucristo, para que el gobernador viese el soberano poder del Salvador; pero el obstinado é ingratísimo gobernador, acabado de recibir el beneficio, volvió á Magin á la cárcel con ánimo de ponerlo en cuestion de tormentos. Libróle de ella el Señor, como á otro Pedro, pues rotas las prisiones y abiertas las puertas de la cárcel, le hizo volver á su gruta, sin que nadie se lo impidiese. Luego que el gobernador supo que faltaba Magin de la prision, envió á sus ministros con órden de darle muerte donde quiera que lo encontrasen. Partieron estos en su busca, y hallándolo en su cueva entregado á la oracion, le acometieron como perros rabiosos, le dieron muchos golpes y lo arrastraron por las piedras y las zarzas de aquel desierto, hasta dejarlo casi sin vida.

Estaban los perseguidores fatigados de sed, y como si sus obras hubiesen sido meritorias para con el Santo, le pidieron que, supuesto que hacia tantos portentos, les socorriese con la agua que necesitaban. Portóse Magin como verdadero discípulo de Jesucristo, y olvidándose de las injurias de sus enemigos, tocó con su báculo en la tierra é hizo que brotase una fuente de agua cristalina que permanece hasta hoy. Bebieron de ella los ministros, y quedándose dormidos, se volvió el Santo á su gruta á rogar al Señor que se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Ain no habia acabado su oracion, cuando vinieron de nuevo sus perseguidores, echaron mano de él, y enfurecidos, lo arrastraron hasta el sitio en que hoy está la capilla del Santo y allí le degollaron, á 26 de Agosto, á principios del siglo IV. Su santo cuerpo fué sepultado por los cristianos, y hoy se venera en la capilla que está en el territorio de la parroquia de Rocanora, en el arzobispado de Tarragona, obrando el Señor muchos milagros por la intercesion de este su fiel siervo.

La Epístola es del capítulo IV del libro de la Sabiduría.

El justo, aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar de refrigerio. Porque no hacen venerable la vejez los muchos días ni los muchos años, sino que la prudencia del hombre suple por las canas, y es edad anciana la vida inmaculada. Porque agradó á Dios, fué amado de él; y como vivía entre los pecadores, fué trasladado á otra parte: fué arrebatado para que la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañadoras: pues el hechizo de la vanidad obscurece el bien; y el inconstante ímpetu de la concupiscencia pervierte el ánimo inocente. Con lo poco que vivió llenó la carrera de una vida larga. Porque su alma era grata á Dios, por eso mismo se apresuró á sacarle de empedio de los malvados.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabeis á que hora ha de venir vuestro Señor. Sabed pues ésto, que si un padre de familias supiera á que hora le habia de asaltar el ladrón, estaria seguramente en vela, y no dejaria minar su casa. Pues así mismo estad vosotros igualmente apercebidos, porque á la hora que ménos penseis ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién pensais que es el siervo fiel y prudente constituido por su Señor sobre su familia para repartir á cada uno el alimento á su tiempo? Bienaventurado el tal siervo á quien, cuando venga su Señor, le hallare cumpliendo así. En verdad os digo que le encomendará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

Sobre la confianza que debemos tener en la Santísima Virgen.

Considera, que la confianza es cierta opinion ó cierta seguridad que se tiene en la buena voluntad de una persona que nos favorece, y en el poder que la acompaña para hacer efectiva esta buena voluntad. No basta querer hacer bien; es menester poder hacerle: el poder sin la voluntad no funda la confianza; y la voluntad sin el poder, á lo sumo es buen deseo estéril, y una benevolencia sin fruto. Ahora pues, no es dudable que la Virgen tenga este poder. Sabemos, dice San Anselmo, que es tanto su mérito, tanto su vali-

miento con Dios, que no es posible carezca de efecto aquello que pide y quiere. De aquí concluye que no es posible se pierda; ni se condene una alma á quien esta Señora tomó bajo su proteccion. Ninguna cosa se resiste á tu poder, ó Virgen Santa, dice Jorge, arzobispo de Nicomedia; ninguna se opone á tu voluntad: todas obedecen tus preceptos; todas se rinden á tu autoridad. ¿Cómo no ha de ser todopoderosa, dice San Bernardo, habiendo puesto el Señor en sus manos la plenitud de todos los bienes? Y quiere, añade el mismo Santo, que todo el bien que nos hace, pase primero por la mano de María. ¿Pues qué confianza no debemos tener en María, todos aquellos que la servimos y estamos bajo de su amparo, pues conoce todas nuestras necesidades, porque puede y quiere socorrerlas? Las conoce, porque es Madre de la sabiduría; quiere, porque es Madre de misericordia; puede, porque es Madre del Todopoderoso. La cualidad de Madre, dice Santo Tomas, da cierta autoridad natural sobre el Hijo, que ningun privilegio puede derogar. Mas que los hijos sean reyes, mas que sean soberanos, mas que sean sus premos dueños: podrá tal vez un hijo rescatar á su misma madre; mas no por eso será esta esclava suya: tenga una madre á su hijo cuantas obligaciones son imaginables, siempre será madre, y ni la condicion, ni el estado, disminuirán un solo punto su autoridad. ¿Pues qué poder será el de la Virgen? ¡Oh Dios! ¡y qué motivo de consuelo para los verdaderos siervos de María, este gran valimiento que tiene con su Hijo la soberana Reina!

Considera, que solamente los que no conocen quién es la Santísima Virgen, pueden ignorar el tierno y compasivo amor que profesa á los hombres. Es la madre de los escogidos, y el refugio de los pecadores: es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos, es como canta la Iglesia, el comun asilo y el auxilio ordinario de todos los cristianos. Es inseparable, dice San Anselmo, la maternidad divina de la maternidad humana; por el mismo hecho de ser María Madre de Dios, quedó constituida Madre de los hombres. Pues ahora, no es la naturaleza mas ardiente en sus movimientos (como observa San Ambrosio) que lo es la gracia en los suyos: ántes por el contrario, el fuego de la caridad es mucho mas vivo, mucho mas puro, mucho mas fuerte que el de la naturaleza. Y siendo el de la Santísima Virgen de una consumada perfeccion, infiere de aquí el tierno amor que nos tiene. ¿Qué mayor prueba nos pudo dar, que haber ofrecido ella misma á su querido Hijo á la muerte

de cruz por la salvacion de todos los hombres? Si quiso Dios que procediese su consentimiento para la Encarnacion del Verbo, dicen los padres, parece que no ménos habia de preceder para su afrentosa muerte. Sabemos todos cuál fué la ternura sin semejante de la Santísima Virgen para con aquel amado Hijo: con todo eso, ella misma le ofreció en el templo como víctima por nuestra redencion. Por aquí puedes conocer cuanto nos amó.

PETICION Y PROPOSITOS.

Lo conozco, dulcísima Madre mia; y conozco tambien que esta generosidad de vuestro amor no puede recompensarse en lo posible, sino con la total consagracion de nuestros corazones á vuestro amor y servicio. Yo os presento el mio, aunque indignísimo, y os pido que lo purifiquéis y santifiquéis, para que sea todo vuestro, empleando para ello todos los medios que el Señor ha puesto en vuestras manos, como canal que sois de sus dones y gracias.

JACULATORIA.

Olvidéme de mí, si alguna vez me olvidare de tí, Madre y Señora mia.

LECCION.

Sobre el precepto eclesiástico de comulgar por Pascua florida.

Los primeros cristianos que tenían el corazón y el alma, entregados mas exclusivamente á Dios, recibían diariamente el cuerpo y sangre de Jesucristo sacramentado. Costumbre santísima que igno-ramos hasta que tiempo se acabó; pues solo nos consta que entibiado el fervor de los fieles, mandó la Iglesia en el siglo VIII que comulgasen los seculares tres veces al año, conviene á saber, en la Resurreccion, Pentecostes y Navidad. Esta obligacion duró sin duda hasta principios del siglo XIII. Es igualmente cierto que decayendo mas y mas el espíritu del cristianismo, se varió esta disciplina, pues vemos que en el concilio lateranense cuarto celebrado por el papa Inocencio III, solo se determinó que los fieles comulgasen una vez al año en su parroquia por la pascua.

El concilio de Trento manifestó el deseo que tenían los padres de que los fieles comulgasen diariamente, pues hablando de la misa en que comulga el sacerdote solo, dice: "Quisiera el sacrosanto concilio

lio que todos los fieles que asisten á las misas comulgasen en ellas, no solo espiritualmente, sino recibiendo sacramentalmente la Eucaristía, para que mas copioso fruto les resultase." Mas solo puso pena contra los que negasen la obligacion de comulgar en la pascua. "Si alguno negare que todos tienen obligacion, habiendo llegado al completo uso de la razon, de comulgar todos los años á lo ménos en pascua florida segun el precepto de la Iglesia, sea excomulgado." Los padres del concilio lateranense previeron que no faltaria quien desentendiese el mandato, y para precaver este mal en lo posible, pusieron pena de excomunion ó entredicho en vida y privacion de sepultura eclesiástica en muerte, contra los transgresores. Por esto mismo manda el ritual romano, que los párrocos avisen á sus feligreses de esta obligacion, y pongan gran cuidado en notar los que la cumplen, amonestando paternalmente á los contumaces.

Habiendo visto la obligacion que tenemos de comulgar cada año, y el tiempo en que debemos hacerlo, nos resta solo saber si en cualquiera iglesia, y de mano de cualquiera sacerdote podemos comulgar; ó si hay lugar determinado donde deba cumplirse. La opinion mas segura es que debe comulgarse en la propia parroquia, y de mano del propio párroco; pues bastante lo insinúa el cánón del concilio lateranense. Ademas, que solo el párroco por derecho comun es el ministro ordinario para dispensar la Eucaristía, de suerte que nadie sin su licencia ó del obispo puede administrarla. No se comprenden en la obligacion de comulgar en su propia parroquia y de mano de su párroco los sacerdotes; pues estos satisfacen el precepto celebrando en cualquiera iglesia, porque el cánón habla de los que reciben la sagrada Eucaristía, no de los que celebran. Los religiosos satisfacen comulgando en sus iglesias, y lo mismo sus comensales: los peregrinos, caminantes y ausentes en la parroquia donde se hallen. Se exceptúan igualmente aquellos á quienes el párroco concede licencia para comulgar en otra iglesia, ó se presume que la ha de dar, haciéndolo con ánimo de avisarle haber usado de presunta. El que tiene dos domicilios, lo deberá hacer en aquella parroquia en que habita el tiempo de pascua.

Quedamos ya instruidos en la obligacion que tiene todo cristiano de comulgar por la pascua ó despues, si no lo verificó en el tiempo debido, del lugar á donde debe ocurrir para que se le administre, y á quien debe pedirlo: resta saber sobre esta materia, si se satisfará con ambos preceptos de comulgar, divino y eclesiástico, hacien-

do comunión sacrilega. La respuesta es clara; por lo que toca al precepto divino, no se satisface por lo que dice el santo concilio de Trento. Quiso además que se recibiese este sacramento como un manjar para las almas con el cual se alimenten y conforten los que viven por la vida de Jesucristo, que dijo: "quien me come, vivirá por mí; y como un antídoto con que nos libremos de las culpas veniales y nos preservemos de las mortales." Ahora bien, ¿quién se atreverá á decir que recibe como un manjar espiritual este sacramento llegando indignamente? ¿Cómo un sacrilegio ha de ser antídoto que nos libre de culpas veniales y nos preserve de mortales? No es esto lo que está mandado por el precepto divino, sino nuestra salud, nuestro bien, y nuestra felicidad. Por lo que toca al precepto eclesiástico, consta igualmente que no se satisface con la comunión indigna: así lo declaró el Señor Inocencio XI en una proposición que condenó, y aseguraba lo contrario. Desengañémonos, católicos; para mantener la vida del cuerpo es necesario comer, y que sean viandas saludables, no veneno, por precepto natural de la propia conservación; pues no habiéndonos formado ni aun pudiendo siquiera agregarnos una línea á la estatura del cuerpo, no somos dueños ni árbitros de nuestra vida. Lo mismo y con mas razón se debe decir de la vida espiritual: debemos vivir en Jesucristo, y por Jesucristo; luego debemos tomar el alimento que mantiene esta vida. Cumplamos por tanto en lo sucesivo como nos lo manda nuestra tierna madre la Iglesia: seamos tan solícitos de nuestra salud espiritual como ella lo es: no nos privemos de tantos bienes que tan poco nos cuestan. ¡Felices, si convencidos de estas verdades, cumplimos con estos preceptos, y hacemos que cumplan los que dependen de nosotros!

DIA VEINTE.

San Bernardo, abad y doctor.

El ilustre padre de la Iglesia San Bernardo, primer abad de Clairaval, glorioso en su vida, doctrina y milagros, nació el año de 1091 en Fontaines, castillo de su padre Fesselino, situado cerca de Dijon; su madre se llamaba Alicia, también de noble familia. Aunque fueron siete los hijos de este matrimonio, seis varones y una hembra

y en todos se puso el mayor cuidado en su cristiana educación, fué mas esmerada la de nuestro Santo, el tercero de sus hermanos, por el misterioso sueño que tuvo su madre en su embarazo en que le pareció traía en el vientre un perrillo que ladraba; misterio que le explicó un siervo de Dios pronosticándole daría á luz un niño que sería vigilante custodia del rebaño del Señor, dando incansantes latidos contra los enemigos de la fé y de la Iglesia.

Siendo muy jóven lo mandaron sus padres al colegio de clérigos de Chatillon, donde hizo los mayores progresos en la filosofía y teología, la que concluyó á la edad de diez y nueve años; dejando en duda qué era mas admirable, si su talento ó su virtud. Tal fué la conducta que observó en los estudios: su tiempo lo repartía en la oración y en los libros; su modestia y recogimiento eran extremados; su caridad para con los pobres le hacia repartirles todo el dinero que se le mandaba de la casa paterna; y la tierna devoción que desde la cuna profesó á la Santísima Virgen, le engendró un tan grande amor á la pureza, que habiendo fijado un día los ojos con alguna curiosidad en una muger, se indignó tanto contra sí mismo, que se metió desnudo hasta el cuello en un estanque helado, para extinguir aun á costa de su vida, el fuego de la concupiscencia.

Habiendo regresado á Fontaines, vió morir á su querida madre con la reputación de santa; y aunque sus demas hermanos habian abrazado la carrera de las armas, nuestro Santo se resolvió para conservar su inocencia, retirarse á la nueva reforma de Cister, que pocos años ántes habia fundado el B. Roberto, abad de Molesme. Apenas se hallaba quien tuviese valor para seguir esta regla, pues á todos aterraban las excesivas penitencias y extrema pobreza que ella prescribía; pero nada atemorizó á Bernardo; abandonó con el mayor valor las comodidades del siglo, y su persuasiva elocuencia movió á treinta caballeros, entre ellos su tío Gaudrido y Hugo Macon, obispo despues de Auxerre á alistarse en esta milicia espiritual. En el número de sus conquistas se contaron sus hermanos, y pasando todos á tomar la bendición de su padre, Guido que era el primogénito, dijo á Nivard el menor de todos (á quien el Santo sin duda no habia hablado) que lo dejaban heredero de todos sus bienes; proposición que desechó éste generosamente diciéndoles: ¿conque vosotros escogéis el cielo, y me dejais la tierra? El partido no es igual. Agregóse en efecto á su compañía.

Con tan lucido acompañamiento llegó Bernardo al Cister; donde

fué recibido con todos por el abad San Estévan, sucesor del fundador, dándoles el hábito religioso el año de 1113. Abrazó nuestro Santo con tal fervor la vida monástica, que á los pocos dias parecia un austero y antiguo monge: dedicóse tanto á mortificar sus sentidos, que en todo un año no supo como era el techo de su celda, ni si la Iglesia tenia una ó muchas ventanas; perdió tanto el gusto á la comida, que por mucho tiempo estuvo comiendo sebo en lugar de maneca sin advertirlo, y una ocasión tomó aceite en vez de agua; llegando á tal grado que era para él mas mortificacion comer que ayunar: sus demas austeridades correspondian exactamente á las que hemos referido. Su oración, meditacion y los otros ejercicios virtuosos fortalecieron tanto su espíritu quanto quedó debilitada su carne con tantas asperezas, que tuvieron principio en su noviciado, prosiguieron despues de su profesion que hizo con los otros treinta novicios el año de 1114, y se continuaron todo el resto de sus dias.

La fama de la santidad de Bernardo sirvió tanto para aumentar el número de los que ocurrían á tomar el hábito, que San Estévan resolvió edificar nuevos monasterios. Entre las diversas fundaciones á que mandó á varios monges, la mas memorable fué á la que dispuso pasase nuestro Santo á un sitio lleno de ladrones, que por tal razon era llamado *Valle de los Ajenjos*. Llegó á este lugar Bernardo en procesion con los demas religiosos que lo acompañaban, llevando un Crucifijo: todos labraron con sus propias manos unas celditas de madera, y formando una capilla, fundaron el famoso monasterio, que por su celebridad hizo convertir el odioso nombre que antes tenia en el de *Claraval* ó *Valle-Claro*.

Bernardo fué nombrado el primer abad; pero habiéndose enfermado gravemente en el año de 1116, se vió precisado á retirarse á una casa particular á ser curado, dejando en su lugar á su amigo Guillermo de Champeaux. Habiendo convallecido volvió á su monasterio, y tuvo el gusto de dar el hábito el año de 1118 á su anciano padre, quien murió á poco con señales de predestinado. Desde este lugar fundó Bernardo un número considerable de monasterios de su orden en varias provincias, sujetos todos al de Claraval, procurando se guardase en ellos la austera disciplina del Cister, que ántes habia tenido pocos que la siguiesen. En esta época escribió la mayor parte de sus doctentes obras, que por la belleza de su estilo, la solidez de su doctrina, la piedad de sus conceptos y la pureza de su lenguaje, dan á conocer la sabiduría y santidad de su autor;

justamente tales escritos son hasta el dia la ocupacion de los sabios y la guia de los religiosos. A pesar de sus enfermedades y continuas tareas no abandonaba nuestro Santo sus trabajos en servicio de los prójimos, uniendo siempre á cualquier ejercicio espiritual alguna devota deprecacion á la Madre de Dios, de quien era particular devoto: por eso arrebatado una vez en una de las misiones que hizo en Alemania, exclamó: ¡O misericordiosa! ¡O piadosa! ¡O dulce Virgen Maria! tiernas palabras que adoptó la Iglesia, colocándolas en la Salve que reza en honor de tan divina Señora.

No solamente servia á Dios nuestro Santo en la soledad de su monasterio; su caridad lo sacó de él muchas veces para ser útil á sus prójimos. Predicó el Evangelio en varias regiones; socorrió no pocas necesidades públicas, cediendo en las hambres las cortas provisiones destinadas para el sustento de sus monges; cortó diferencias entre prelados y súbditos; y se opuso á las malas elecciones de algunos obispos, sin que esta conducta pudiera atribuirse á miras ambiciosas, pues por tres veces renunció otros tantos arzobispados, que la silla apostólica le habia conferido.

Otros dos servicios importantísimos hizo Bernardo á la Iglesia universal. El primero consistió en haber cortado el cisma suscitado el año de 1130 por Pedro de Leon contra el legítimo papa Inocencio II, tanto con sus luminosos discursos en el concilio de Pisa, á que concurrió, como persuadiendo á los príncipes, haciendo viajes al efecto, para que se uniesen con el vicario de Cristo. Entre los varios soberanos que sostenian al antipapa eran los mas tenaces Rogero, rey de Sicilia, y Guillermo, duque de la Gran-Bretaña; confundiendo á aquel en una conferencia pública que tuvo con él en Salerno, y convirtiendo á este de un modo tan prodigioso, que lo movió á abandonar el mundo y retirarse á un desierto.

El otro importante servicio de Bernardo fué en obsequio del dogma. Ademas de haber impugnado todas las doctrinas que en su tiempo se publicaron contra la fé, refutó los errores de Abelardo, condenados despues en el concilio de Soissons el año de 1121. En el de 1139 escribió una carta al mismo Abelardo para que se retractara de las últimas doctrinas erróneas que habia inventado; y aunque por entónces sufrió una descomedida respuesta, al fin tuvo el gusto de que las retractase despues de su condenacion en el concilio de Sens, celebrado el año de 1140. Triunfó tambien Bernardo de los discípulos de este último escritor que trataban de defenderlo:

combatido victoriosamente á Raulo, y á Guilberto de Porre, cuyas opiniones contrarias al catolicismo fueron igualmente anatematizadas en el concilio de Rens. Ultimamente su adhesión á las máximas puras del Evangelio lo estimuló á fundar un monasterio de su Orden en la diócesis de Bazas en el año de 1128, para que en él se educase la juventud.

En fin, toda la vida de Bernardo puede reputarse una continuada serie de servicios á la Iglesia de Cristo. Habiendo ocupado la silla pontificia Eugenio III, discípulo de nuestro Santo, le dirigió este sus libros de *Consideraciones*, con las mejores doctrinas para el acierto de su gobierno: asistió además á varios concilios convocados por el mismo papa, y con asistencia de este celebró un capítulo general en Cister el año de 1140: en el de 1153, aunque agobiado de muchas enfermedades que hacían desesperar de su curacion, luego que tuvo algun alivio pasó á Mezt á instancias del arzobispo de Tiers, y logró sofocar una funesta guerra para la que se estaban haciendo grandes preparativos.

Concluido este importante servicio, volvió á Claraval, y habiéndosele aumentado la debilidad de estómago al grado de no poder tomar ningún alimento, murió en Claraval en 20 de Agosto de 1153 á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de vida religiosa y treinta y ocho de abad; entre los brazos de sus monges, y á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habían ocurrido á recibir su bendición y sus últimos suspiros. Diósele sepultura en la Iglesia de Claraval delante del altar de la Santísima Virgen á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de San Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el día de su canonización, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

La Epístola es del capítulo XXIX de la Sabiduría. (Eclesiástico.)

El justo despertándose muy de mañana, dirigirá su corazón al Señor que le crió, y se pondrá en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdón de sus pecados. Que si aquel gran Señor quisiere le llenará del espíritu de inteligencia, y derramará sobre él, como lluvia, máximas de su sabiduría; y en la oración dará gracias al Señor: y pondrá en práctica sus consejos y documen-

tos, y meditará sus ocultos juicios. Expondrá públicamente la doctrina que ha aprendido, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Celebrarán muchos su sabiduría, la cual nunca jamás será olvidada. No perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generacion en generacion. Las naciones pregonarán su sabiduría, y la Iglesia celebrará sus alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo (pág. 20.)

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros &c.

MEDITACION.

Sobre el singular culto que debemos rendir á la Santísima Virgen.

Considera que en haciendo reflexion á que la Virgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devocion, y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobare y condenar el religioso culto que se debe tributar á Maria. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa Señora á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al día su poderosa interseccion. ¿Qué culto no la deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; ¿pero y cuántas no vomita contra Jesucristo? Jamas hubo, ni jamas habrá quien siga su opinion, y tenga el mismo lenguaje, sino la heregia, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor; tantos votos ofrecidos para merecer su proteccion; tantas piadosas congregaciones como hay en la Iglesia católica, bajo los auspicios de su soberano nombre: todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprendible dignidad de Madre de Dios; el augustó título de Mediadora con el Hijo del Eterno Padre, nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestra esperanza, nuestra fé, y nuestro reconocimiento, todo nos está pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la sublime dignidad de Madre de Dios, de Reina de

los ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios y superior á todo lo que no es Dios.

Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latría*, ó de suprema adoracion, que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de ellas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer, por cuanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion, y auténtico reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Virgen y á los Santos, se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Así, pues, hablando en propiedad, no es María á quien dedicamos altares, consagramos templos, y ofrecemos sacrificios, sino á Dios que la escogió, que la santificó, y que la glorificó. El segundo culto es de *dulia*; y es el que se rinde á los Santos, cuyas virtudes se celebran, y á ellos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la Santísima Virgen como debe ser proporcionado á su santidad y á la clase que ocupa en la corte celestial, también ha de ser de orden superior al que tributamos á los Santos, y por eso se llama de *hiperdulia*, esto es, de línea tan superior á la de los demás bienaventurados, cuanta es la ventaja que hace á todos ellos la Santísima Virgen, en santidad, en dignidad, y en merecimientos. Y como la Santísima Virgen, en calidad de Madre de Dios sentada á la diestra de su Hijo, ocupa un trono muy superior á todos los ángeles y á todos los santos; también merece unos honores, una veneracion, y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los Santos que pueblan la celestial Jerusalem. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo le he tributado?

PETICION Y PROPOSITOS.

Virgen Santa, grande es mi dolor de haberos honrado y de haberos amado tan poco hasta el día de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidareis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á Madre de mi Dios; comienzo á amaros como á mi querida Madre. Dignaos recibir el arrepentimiento, y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero está bien

resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas zeloso de todos vuestros esclavos.

JACULATORIA.

Dignaos de recibir mis alabanzas ¡oh Virgen sacratísima!

LECCION.

Sobre las disposiciones por parte del alma para llegarse á comulgar.

A tres se pueden reducir las disposiciones que se requieren de parte del alma para llegarse á comulgar, á saber: instruccion debida, pureza de conciencia y práctica de las virtudes cristianas. Es necesario saber, y saber bien los misterios de la fé católica, principalmente el de la Eucaristía que se trata de recibir. Se necesita ademas pureza de conciencia, esto es, no tener conciencia de pecado mortal, y si alguno lo tuviera, debe ir ántes á lavarse en el sacramento de la penitencia. Se requiere ejercicio de virtudes para que la comunión sea mas fructuosa, y porque sin ellas no puede mantenerse el hombre en el estado de gracia que debe tener para comulgar. La sagrada Eucaristía es un gran misterio; luego es necesario acercarnos á él con fé, y esta fé, dice San Pablo, no se recibe sino por el oído, quiere decir que es necesario instruirse en las verdades de fé para creer lo que contienen; mas no con aquella especie de preocupacion ó propio juicio con que los judíos de Cafarnaun decian: "dura es esta palabra, ¿quién podrá sufrirla? ¿cómo podrá este darnos á comer su carne y á beber su sangre?" sino con la fé humilde, rendida y obediente con que los discípulos del Salvador recibieron esta doctrina, y cuando llegó el tiempo de la institucion de la Eucaristía, obedientes á la voz de su Maestro fueron á preparar el cenáculo, sin dudar que se les proporcionaria como se los prometia su Maestro, y recibieron en él realmente el cuerpo y sangre de Cristo bajo las especies de pan y de vino, de un modo sacramental que no alcanzaron ni pudieron alcanzar aquellos judíos carnales que prefirieron su propio juicio á la palabra de Jesucristo; pero que si hubieran sido dóciles y prestado una fé humilde á esta divina palabra, hubieran sabido y conocido prácticamente como podía el Señor con su sabiduría y su omnipotencia darles á comer su cuerpo y á beber su sangre realmente, sin que este cuerpo ni esta sangre se destruyesen ni se dividiesen en trozos para comerse.

Así es que cuando nos acercamos á J. Jesucristo, debe ser con un corazón sincero y lleno de fé. El Salvador debe habitar en él primero por la fé que por la comunión. Los sentidos no tienen ni deben tener parte alguna en este misterio: una cosa vemos y otra debemos creer; vemos las especies de pan, y debemos creer que es el cuerpo de Cristo; vemos las especies de vino, y debemos creer que es la sangre de Cristo: nuestra fé, dice San Cirilo Alejandrino, debe ser obediente y libre de toda curiosidad.

La Eucaristía es un sacramento de vivos; luego es necesario recibirla en gracia. El bautismo y la penitencia, que son y se llaman sacramentos de muertos, porque suponen al alma muerta por el pecado, no requieren estado de gracia, sino solo el dolor de los pecados y las demas disposiciones, para recibirse válida, lícita y fructuosamente, y con solo estas confieren primera gracia que borra el pecado del alma; pero la Eucaristía que es y se llama sacramento de vivos, porque supone al alma viva por la gracia, requiere este estado de gracia, el cual no se puede tener mientras haya en el alma pecado mortal, y por consiguiente pide una conciencia libre de culpa mortal; pues de lo contrario, en lugar de recibir esta segunda gracia el que comulga, comete un sacrilegio, porque recibe sin la debida disposición y con suma indignidad el cuerpo y sangre de Cristo, peca mortalmente y se hace reo del cuerpo y sangre del Señor, como dice San Pablo. Acerca del pecado venial es necesario saber que no impide la comunión, esto es, que no dejará de recibir la gracia; ni cometerá sacrilegio el que comulga teniendo pecados veniales que no sean de costumbre; pero sí se privará del mayor fruto que pudiera sacar de este sacramento, si no se purifica antes de estas culpas leves usando de los sacramentales, como nos aconseja S. Agustín.

La tercera disposición que se requiere para comulgar dignamente, es un verdadero deseo de unirse con Jesucristo en la Eucaristía; y como esta unión no puede verificarse sin la práctica de las virtudes que son las que perfeccionan y redondean nuestra santificación, es necesario que la tengamos realmente, ó que estemos en camino de adquirirlas por medio de un verdadero propósito y sincera resolución. Sin estas virtudes, ó sin su propósito á lo menos, ¿cómo podríamos tener confianza de no recaer en la culpa que ha apartado de nosotros al Señor de las virtudes, y cómo recibiríamos en nuestras almas al Rey pacífico que entra triunfante en ellas,



S. Maximiano Mártir.



S. Simplicio Mártir.



S. Felipe Benicio.



S. Bartolomé Apostol.

cuando notoriamente nos exponemos á seguir el ejemplo del pueblo judío que recibió con aclamaciones á su Salvador, y al sexto día pidió su muerte y lo clavó en la cruz? Seamos, pues, nimios en procurar las disposiciones que se requieren de parte del alma para comulgar dignamente, y agreguemos todas aquellas que la devoción y la piedad nos dictan para comulgar con mas fruto, y tener mayor mérito delante de Dios.

DÍA VEINTE Y UNO.

San Maximiano, mártir.

El Santo mártir que celebramos el día de hoy, era cristiano y oficial de la famosa legion Herculiana, cuando subió al trono imperial Juliano el Apóstata, en el año 361. Este impío emperador, que habia abjurado públicamente la religion de Jesucristo y aplicádose á restablecer la idolatría, destruída por Constantino el Grande, puso á un tío suyo llamado tambien Juliano, y tan perverso como él, en la ciudad de Antioquia, como uno de sus principales ministros, con cuyo carácter perseguía este atrozmente á los cristianos de esa ciudad.

Habia mandado el emperador quitar del *lábano*, estandarte que portaba las insignias de los ejércitos romanos, la cruz y el nombre de Jesucristo, puestos en él por decreto de su tío Constantino, reduciéndolo á su antigua forma. Maximiano y su compañero Bonoso, oficial tambien de la misma legion, que padeció martirio en su compañía y mereció igualmente ser colocado en el catálogo de los Santos, no obedecieron esta órden, lo que sabido por el ministro Juliano, les mandó la ejecutasen, y adorasen además á los restablecidos dioses del imperio. Los dos piadosos cristianos le contestaron resueltamente que no harian ni uno ni otro. A vista de esta negativa hizo llamar Juliano, primero á Bonoso, de quien no pudiendo conseguir nada con promesas ni con amenazas, mandó azotarlo allí mismo con disciplinas aplomadas. Diéronle mas de trescientos azotes, que sufrió con la mayor constancia el ilustre confesor, sonriéndose á las preguntas que le hacia el tirano, sin responder otra cosa que confesar al Dios verdadero.

Habiéndose suspendido el martirio de Bonoso, hizo llamar el per-

seguidor á Maximiano, á quien intimó lo mismo que á su compañero; pero como recibiese igual respuesta, dispuso que atados ambos en el potro, fuesen azotados por tres ocasiones con las mismas disciplinas aplomadas; y viéndolos tranquilos en aquel suplicio, ordenó los sumergiesen en una gran tina de pez hirviendo: tormento en que con el favor divino, no recibieron ningún daño.

El prefecto del pretorio de Oriente, Secundo Salustio, que noticioso de esta maravilla, pasó á presenciaria, y encontró á los dos Santos en la tina orando y alabando á Dios, con tanta serenidad como si estuviesen en un baño templado; siendo él gentil, y deseando ver si sus dioses tenían igual poder que el del Dios de los cristianos, propuso á Juliano dispusiese se arrojasen á ella dos sacerdotes de los ídolos. Condescendió el juez á la propuesta, y mandando traer á dos de aquellos falsos ministros, hizo que despues de haber ofrecido sacrificios, pronunciado conjuros y practicado cuanto juzgase necesario para obtener el favor de sus deidades, los arrojasen en la tina. Verificóse así; pero al momento quedaron sus cuerpos deshechos: desgracia que lo llenó de confusion, y blasfemando de Jesucristo y de sus discípulos, injuriándolos con el apodo de magos, mandó sacasen de allí á los valerosos militares y los condujesen á la cárcel.

Encerrados en la prision, mandó Juliano les llevasen para su sustento pan marcado con figuras idolátricas, el que no quisieron comer nuestros Santos, alimentándose del que les enviaban secretamente los cristianos. Algunos dias despues, Juliano asociado con el referido prefecto del pretorio, hizo conducir otra vez á su presencia á Maximiano y á Bonoso: reconvínolos por haber despreciado el pan que se les habia ministrado; insistió en sus antiguas órdenes y viéndolos tan firmes en su resolucion como siempre, mandó los echasen en un hoyo con bastante cal viva y que la apagasen estan, do en él los Santos. Librólos Dios de este nuevo suplicio del que no recibieron ningún perjuicio; confundido otra vez el tirano, y no atreviéndose á emprender otra prueba del soñado poder de sus ídolos, dispuso los devolviesen á la prision, que se sellaran sus puertas y se llevasen las llaves á su palacio, para que nadie pudiese verlos, ni se les diesen mas alimento que panes ofrecidos á sus falsos dioses; lo que se ejecutó con la mayor exactitud aunque sin fruto alguno, pues los Santos prefirieron dejarse morir de hambre ántes que causar el menor escándalo á sus hermanos.

En esos dias llegó á Antioquia Hornidas, hermano de Sapor, rey de los persas, cristiano muy estimado en la corte de los emperadores Constantino y Constancio, donde habia pasado lo mas de su vida, y habiendo ido á la prision, visitó á nuestros Santos, á quienes halló llenos de salud y alegría, les habló afectuosamente y se encomendó á sus oraciones. Irritado Juliano por una visita tan honrosa, hizo comparecer ante sí por la última vez á Maximiano y Bonoso resuelto á terminar su venganza. Amenazólos nuevamente con las fieras del anfiteatro ó las llamas de un horno encendido, si no se sometían á la voluntad del emperador; pero irritado de su heroica resistencia y temeroso del pueblo por las muchas voces de cristianos que confesaban su fé, al ver el valor de sus hermanos, mirando que el prefecto Salustio no se prestaba á que se atormentasen de nuevo á sus victimas, y que por el contrario se encomendaba aunque pagano á sus oraciones, dispuso fuesen decapitados con otros muchos cristianos á quienes habia procesado, entre ellos á Joviano y Herculiano, oficiales que tambien se habian negado á quitar la cruz del *labaro*. Todos estos ilustres mártires salieron juntos al suplicio con tanto gozo como si marcharan al triunfo, acompañados del obispo de Antioquia, San Meleco, de otros prelados que se hallaban en la ciudad, y de una multitud de fieles que los exhortaban y felicitaban por la corona preciosa que iban á conseguir y que en efecto recibieron en premio de su fidelidad.

A los tres dias de su ejecucion castigó Dios al perverso Juliano, quien fué atacado de una enfermedad tan horrible que todo eorrompido su cuerpo, su boca era un manantial de gusanos. Advertido por su muger de los grandes males que habia causado, suplicó por escrito al emperador su sobrino, aunque sin efecto, fuese favorable á los cristianos, y despues dirigióse á Dios pidiéndole misericordia, y espiró dejando á todos aterrorizados de un fin tan trágico.

El martirologio romano pone la fiesta de nuestros Santos en 21 de Agosto; pero su martirio parece fué á fines de Diciembre del año de 362.

La Epístola es del capítulo X del libro de la Sabiduría (pág. 341.)

El Señor condujo por caminos seguros al justo &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pág. 418.)

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No tenéis que pensar &c.

MEDITACION.

Sobre el amor que la Santísima Virgen nos tiene.

Considera que no solo es cierto, sino artículo de fé, que Dios ama á todos los hombres, que á todos los quiere salvar, y que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. La Virgen no tiene otra voluntad que la de Dios, y así ama todo lo que Dios ama, y ninguna cosa tiene mas en su corazón que todo lo que Dios quiere. El amor de Dios y del prójimo son, por decirlo así, de una misma edad, nacen gemelos dentro del corazón, viven y mueren siempre juntos. Son dos eslabones, dice San Gregorio, que forman una misma cadena: dos ríos que nacen de una misma fuente; dos ramas que salen de un mismo tronco. Comprende, si es posible, el sumo amor que la Virgen tiene á Dios, y entonces comprenderás el que profesa á los hombres. Ahora pues, así como no hay pura criatura que mas ame á Dios, así tampoco la hay que mas nos ame á nosotros. María, dice San Bernardo, es nuestra hermana, nuestra parienta, nuestra aliada, y nuestra Madre. No impuso Dios, dice Santo Tomas, precepto particular á los padres y á las madres para que amasen á sus hijos: sería sin duda ocioso, porque la misma naturaleza les comunica un amor tan grande y tan violento hácia sus hijos, que esto propio les sirve de ley y de precepto. *¿Podrá nunca una madre,* dice el mismo Dios, *olvidarse del fruto de sus entrañas!* Pues consideremos si María se podrá olvidar de los hombres siendo la mas tierna de todas las Madres. Luego que María comenzó á ser Madre de Dios, dice San Anselmo, comenzó á ser Madre de los hombres. ¿Quién dudará ya de la ternura con que nos ama?

Considera que el amor que nos tiene la Santísima Virgen, es un amor muy compasivo, en fuerza del cual se la hacen muy sensibles nuestras miserias, y como la mayor de esta vida es el pecado, es mayor la ternura y la compasion con que mira á los pecadores. Inspírala este compasivo afecto la conformidad de su corazón con el de su divino Hijo. Todos sabemos el zelo del Salvador del mundo por la salvacion de los pecadores. Pues proporcionada á

este es la medida del amor y del zelo de la Santísima Virgen. Por eso la llama la Iglesia, *Refugio de pecadores*, y en la oracion ordinaria que la repite tantas veces al dia, no la acuerda otro motivo que ser pecadores aquellos por quienes ruega. ¡O inmaculada Virgen María, exclama San Eiren, Madre de Dios, Reina del universo, esperanza de los mas desesperados, recurso de todo el mundo, todos nos ponemos debajo de vuestra proteccion: cubridnos con las alas de vuestra caridad, y de vuestra misericordia: tened piedad de nosotros, manchados con tantas culpas. No cesa la Virgen de rogar en el cielo por los pecadores, dice el venerable Beda. Y ciertamente siendo Madre de misericordia, ¿cómo podía dejar de amar á los pecadores, ni de interesarse por su salvacion?

PETICION Y PROPÓSITOS.

El interes que tomais por mi salvacion, Santísima María, me asegura su logro, si sé corresponder á este desvelo vuestro, no con un amor de lengua y de palabra, sino con la obra y la verdad. Así lo quiero, Madre mia, y os pido me alcancéis todos los auxilios de la gracia que me son necesarios para afirmar mi propósito y ponerlo por obra.

JACULATORIA.

En tí coloco mi esperanza, dulcísima Madre, y creo firmemente que no seré confundido.

LECCION.

Sobre las disposiciones que se requieren de parte del cuerpo para llegar á comulgar.

A vista de lo que hemos dicho en la leccion anterior sobre las disposiciones que se requieren para comulgar por parte del alma, cualquiera diria que esto era lo bastante, supuesto que es la parte principal del hombre, y que recibiendo esta á Jesucristo sacramentado con buenas disposiciones, nada mas es necesario: porque ¿qué caso ha de hacer Dios del cuerpo? ¿Para qué necesita, ni qué le pueden complacer las acciones de un poco de barro? Dista tanto Dios de la materia, que sería degradar su grandeza infinita suponerlo complacido con los homenajes materiales de la masa grosera que sirve de morada, ó por mejor decir, de cárcel á nuestra alma. Pues na-

da ménos que eso, lector mio: es indispensable que tambien el cuerpo formado por la mano del Altísimo, manifieste sus respetos, rinda sus homenajes al Autor de todo ser, porque como dice nuestro catecismo, "hubimos de él tambien el cuerpo:" no lo sería por el alma ni por cualquiera otra cosa, pues todas ellas distan infinitamente de su Hacedor; y sin embargo de esa distancia ilimitada, todas cooperan á su modo á engrandecer la gloria del Señor, como dice David en sus Salmos.

Supuestas las verdades indicadas, ¿llegaremos á la sagrada mesa sin disponernos ántes por parte de nuestro cuerpo? No, de ninguna suerte. Si para ir á una visita, si para concurrir á un pasco, á una tertulia, es buena crianza y así lo exige la política, el trato decente con las gentes, en cuanto lo permiten las facultades y estado de cada individuo, ¿qué aseo, qué limpieza, qué compostura, qué decencia no será necesaria para concurrir al sagrado banquete que nos tiene preparado Jesucristo en el altar? ¿A un lugar tan concurrido no solo del pueblo cristiano que va á comulgar y oír misa, sino de coros angélicos, hemos de ir sin disposiciones exteriores? De ninguna suerte. ¿Cuáles pues, serán estas? Las reducirémos tambien á tres, como las del alma, y son: ayuno natural, pureza y modestia.

Es necesario estar en ayunas el día en que se quiere comulgar, esto es, que desde la media noche, que comienza desde la primer campanada de las doce que toca el reloj de la matriz, ó el que comunmente sea tenido por mas arreglado, que es la opinion mas comun y racional, no se ha de tomar nada de comida ni bebida; á no ser que estemos enfermos y tengamos que recibir á su Magestad por viático, pues los que así comulgan pueden hacerlo despues de haber comido y bebido, no solo las medicinas, sino aun los alimentos que tienen señalados; mas fuera de este caso, no es lícito recibir la sagrada Eucaristía sino estando perfectamente en ayunas, estando *aun virgen la saliva*, dice Tertuliano.

Este es un precepto de la Iglesia que se funda en el respeto que debemos tener al Santísimo Sacramento del altar, pues si se comulgara despues de comer, se expondría repetidas veces el sacramento á irreverencias, como al peligro de ser depuesto por cualquiera indisposicion de estómago. A esto se añade, como dice Santo Tomas, que el sacramento es el alimento primero y principal de los cristianos; luego debemos recibirlo con preferencia á todos los demas, y así ha de ser el que en el día gustemos primero. Por esto

se debe tener mucho cuidado de no comar muy tarde la víspera de la comunión, esperando precisamente la hora que hemos indicado para acabar: se puede no obstante, segun el mismo Santo doctor, comulgar aunque se haya pasado por inadvertencia, despues de la media noche, algun resto del alimento que tomamos ántes que se hubiere quedado entre los dientes. Lo mismo se dice si al enjuagarse la boca despues de la cena, al llegar la media noche ó por la mañana al levantarse, con agua ó vino, se pasase sin querer alguna gota. En cuanto á los que prueban los caldos que tienen que comprar ó vender, y las salsas que van á condimentar, pueden comulgar cuando están seguros de que nada ha pasado al estómago; con todo, dice San Antonino, que será mejor se abstengan por la decencia. Con mucha mas razon conviene abstenerse de fumar, sin embargo de que no es impedimento para comulgar.

La segunda disposicion es la pureza. San Carlos Borromeo y el catecismo del concilio de Trento aconsejan á los casados la abstinencia en la víspera de la comunión, y aun algunos días ántes; esto es de consejo, especialmente para cuando la mente no queda muy despejada para llegarse con devocion y recogimiento á la sagrada Eucaristía. Acerca de otras faltas de la debida limpieza, remitimos á nuestros lectores á la consulta de prudente confesor. Lo que en este particular acontezca sin que haya consentimiento de la voluntad, no servirá de obstáculo para comulgar; aunque siempre tiene lugar el consejo de la conveniente delicadeza.

La tercera disposicion es la modestia. Esta exige que los hombres y las mugeres eviten todo lujo y profanidad en el vestido para llegar á la sagrada mesa, así como toda tropelia, precipitacion y desconcierto en pasos y acciones; excusando tambien etiquetas, choquecillos, conversaciones, risas, y miradas curiosas; pues todo esto seria un desacato y escandalizaria al prójimo. Tambien sería muy impropio que los hombres viesen en armas, y ¡ojalá que siempre que entren á la Iglesia entren sin ellas! La devocion exige que la sagrada Eucaristía se reciba de rodillas, con los brazos cruzados y los ojos bajos.

Los que padecen una tos violenta ó vómitos frecuentes están mas ó ménos impedidos de comulgar, segun el grado de sus padecimientos. Despues de haber comulgado debe evitarse el escupir, para que no suceda arrojar alguna partícula. La accion de gracias es interresantísima, pues en ella cumplimos con el deber sacratísimo de

nuestra gratitud al Señor por tan incomparable beneficio, y tambien porque en sentencia de varios teólogos obra el sacramento su efecto mientras duran las especies sacramentales, con tal de que en esta hora el que ha comulgado se excite á la devocion y otros afectos religiosos. Por lo mismo conviene no salir de la Iglesia sin haber dado gracias con espacio: generalmente, el día de comunión debe ser de especial compostura de alma y cuerpo. La tibieza es un indicio de los ménos equívocos de que no se comulga con las disposiciones debidas. ¡Feliz el que se llega á esta mesa y saca de ella todo el fruto que puede!

—————
DIA VEINTE Y DOS.

San Timoteo, mártir.

Es muy célebre en la Iglesia latina el culto del glorioso mártir San Timoteo, y ha perseverado constantemente desde el siglo IV hasta el día, como aparece de los martirologios y de los calendarios. Esto muestra bastante que los hechos de este ilustre mártir fueron muy célebres y acreditados, y tanto que pudieron hacerse lugar en aquella capital del mundo cristiano, que así como se hizo ilustre por los grandes hombres que produjo en el tiempo del gentilismo, se hizo mucho mas célebre por los verdaderos héroes del cristianismo que han resplandecido en ella, ya oriundos de su mismo suelo, y ya venidos de otras Iglesias, por disposicion divina, á dar con sus heroicas virtudes y santísimas obras un testimonio brillante de la religion de Jesucristo, en la misma capital del orbe cristiano. De este número es el glorioso San Timoteo; pues segun las noticias que como preciosas reliquias, se conservan de la remota antigüedad en que floreció, era antioqueno.

Establecida la religion cristiana en Antioquia y erigida su Iglesia por el mismo príncipe de los apóstoles, fácilmente se deja conocer cuál sería en ella el progreso de la luz evangélica y de la virtud cristiana, en unos siglos en que podemos decir que habia tantos Santos como hijos de la Iglesia. Así es que no podemos dudar que nuestro Santo sobresaliese por su fé y conocimiento de la religion, y por los que forman la ciencia de los Santos en la práctica de la virtud. En efecto, las memorias de su santa vida nos le hacen re-

conocer tan lleno del espíritu de Dios, que no contento con doblar los talentos de que el Señor lo dotó para su propia santificacion, trabajaba en procurar la de sus hermanos por medio de la predicacion, por la que al mismo tiempo dilataba los limites de la Iglesia, convirtiéndola innumerables gentiles á la verdad ortodoxa. Acaso este fué el fin de su venida á Roma, pues el zelo apostólico no se cibe á los limites de una ciudad ó de un reino que mira como estrechos, sino que busca mayor espacio en que explayarse, y otros países en que no habiendo los motivos del amor patrio y la adhesion á los conciduanos, sea mas pura y desinteresada la caridad que impele al predicador evangélico á trabajar en la salud ajena.

Bien fuese esta la mira de nuestro Santo, ó bien otra causa poderosa la que le trajo á Roma, lo cierto es que en ella no estuvo ocioso su celo, pues mas de un año se ocupó en la predicacion del Evangelio, tanto á los patricios como á los extrangeros de su inmensa poblacion. Ocupaba el trono pontificio el papa Melquides, á quien fué nuestro Santo muy acepto, y en cuya obediencia y veneracion se distinguió mucho, trabajando, como buen operario de la viña del Señor, en la comunión y bajo el régimen y gobierno del pastor universal de la Iglesia.

Tan excelentes virtudes como resplandecian en nuestro Timoteo, y el copioso fruto que recogia con su predicacion, no eran ciertamente para estar ocultas á los tiranos, que agitados por el espíritu maligno, se ocupaban sin cesar en descubrir y conocer á los cristianos, para ponerlos en la fuerte alternativa de la infidelidad ó la muerte. Así es que vencido el año de la venida de nuestro Santo á Roma, fué preso por orden de Tarquino Perpena, prefecto de la ciudad, y acaso por disposicion del emperador Maxencio. Encerrado en la cárcel por largo tiempo, son indecibles las penalidades que en ella se le hicieron sufrir. Traído despues á la presencia del juez, y mandándole este que sacrificase á los ídolos, fué tanto el valor y la generosidad cristiana con que detestó esta impiedad, que irritado el juez, le hizo azotar cruelmente hasta llagarle todo el cuerpo, abrasando despues sus recientes heridas con cal viva de que le hizo bañar. La constancia de este ilustre mártir irritaba mas y mas al tirano, tanto, que le hizo sufrir muchos y muy acerbos tormentos, sin saciarse su furor hasta que, desengañado de que su firmeza no flaqueaba ni por un momento, le mandó cortar la cabeza. Su santo cuerpo fué enterrado en el camino de Ostia, junto al sepulcro de San Pablo. Sucedió su martirio, segun se cree, en el año de 311.